



José Castelán

Hermosa ilusión y horrible realidad



Anoche, como siempre, me dormí pensando en esos angelitos con pies, que se llaman MUJERES y esto fue causa de que tuviera un sueño delicioso, con un final horrible. Dicho sueño, voy a contárselo a ustedes, no porque les importe saberlo, sino porque a mí me da la real gana de contarlo. Para entender mi sueño, es preciso que antes les cuente una leyenda fantástica que aquí, en Tucson, circula de boca en boca, y que a mí me contaron hace mucho tiempo.

Dicen que la sierra de Santa Catalina, que está al norte de esta población, está encantada, que hay en ella una cueva y que esa cueva es la entrada de una galería subterránea en donde existe un inmenso tesoro que dejaron enterrado los jesuitas. Dicen que la entrada de esa cueva, está resguardada por unas sierpes monstruosas, y que todos los que se han aventurado a ir en busca de ese tesoro no han vuelto jamás.

Vamos a mi sueño: Soñé que, con un valor heroico, que sólo en sueños me acomete, me dirigí a la famosa sierra en busca del tesoro que hay en su cueva.

Caminé mucho, mucho, y mientras más caminaba, más lejos veía la sierra. Cansado y desesperado, me senté a descansar a la sombra de un hermoso y monstruoso árbol, probablemente antidiluviano; el tronco medía lo menos cien metros de circunferencia, y creo que me quedo corto.

El cansancio, el calor y el hambre fueron causa de que una dulce modorra, empezara a embargar mis sentidos. Ya casi me dormía cuando, como brotado de la tierra, apareció ante mí un enano patizambo, jorobado y barbudo, el cual, después de saludarme muy atento, me preguntó a donde iba. Díjele a donde y a qué y él me ofreció llevarme. Acepté su invitación y me puse en pie para continuar la marcha, pero él, tomándome en sus pequeños, pero nervudos brazos, me levantó por los aires, y en un santiamén me llevó volando hasta descender conmigo en la encantada sierra, y al frente de la famosa cueva.

Penetramos en la cueva, y a los pocos pasos, encontramos una sólida puerta de hierro; tocó el enano un botón eléctrico, el cual hizo sonar una campana, cuyas vibraciones fueron repercutidas por aquellas concavidades y la puerta se abrió y entramos a una inmensa galería.

¡Quedeme deslumbrado! ¡Aquella galería era un ascua de oro! Mil luces multicolores, al reflejarse sobre los innumerables espejos que cubrían las paredes, formaban una lluvia de estrellas. Todo era allí seda, oro y piedras preciosas. Aquello era una magnificencia imposible de describir.

Los cuadros que había en aquella galería, eran cuadros vivos. En espejos convexos se veía el pasado, y en espejos cóncavos, el porvenir. El techo parecía la bóveda del cielo. Manos de hadas, saliendo de las paredes, sostenían candelabros, que por luces, tenían estrellas titilantes.

Yo estaba admirado contemplando tantas maravillas, y el enanito me dijo: «Bajaremos al jardín, verá usted qué fruta tan apetitosa tengo y puede usted tomar y comer toda la que guste».

Bajamos al jardín. ¡Qué cosa tan deliciosa! ¡Qué flores! y sobre todo ¡qué fruta! ¡Las más tan embriagadoras! ¡Qué árboles tan frondosos! ¡Y sobre todo qué fruta! ¡La fruta que siempre me ha gustado tanto!

¡Jamás había visto fruta tan hermosa y tan apetitosa como aquella! ¡Pendían de los árboles gallardos racimos de mujeres en su traje natural! ¡Mujeres encantadoras, que me miraban, me hacían señas con sus ojitos, se sonreían y extendían los brazos hacia mí!

Las de este primer árbol, tendrían treinta años de edad, ¡pero siempre estaban buenas! Quise probar una, pero el enanito me dijo: «Esa fruta está algo pasada, en el otro árbol hay mejor».

El segundo árbol era de negritas, las cuales, al columpiarse, impulsadas por el viento, cantaban una danza habanera, capaz de resucitar a un muerto. Quise probar una, y el enanito me dijo: «Esa fruta es tropical y no está muy buena, adelante hay mejor».

El tercer árbol estaba cubierto de inditas, pápagas, pirras yaquis, mayas, era una hermosura. Quise probar una de cada nación y el enanito me dijo: «Esa fruta es silvestre y tiene mal sabor; en el otro árbol está lo bueno, y comerá usted hasta hartarse».

El cuarto árbol era una hermosura, una divinidad. Los céfiros, al filtrarse entre sus ramas, formaban armonías celestiales; los cupiditos revoloteaban de fruta en fruta, libando la dulce miel de los labios rojos de aquellas encantadoras mujeres; nunca he visto, ni espero ver, caras más lindas y risueñas; nunca he escuchado gorjeos más suaves, que las sonrisas de aquellos labios hechiceros; la niña de más edad tendría quince años. ¡Aquello era el Paraíso! ¡Aquello era el cielo! ¡Aquello era la gloria!

Yo estaba loco, frenético, desesperado, y grité extasiado: ¡Que me corten aquella trigueñita, y aquella rubia morenita y aquella blanca! Pero no, mejor es que yo corte todas las que me gusten. Tomé una escalera; subí volando y empecé a cortar.

¡Corté una, dos, tres, cuatro! Mi respiración era fatigosa; mi sangre como una ola de fuego, corría por mis venas; mi corazón quería salirse de mi pecho. ¡Corté otra y otra y otra! Sentía una fiebre ardiente; mis manos temblaban; me faltaba respiración. ¡Corté otra y otra y otra... todas me gustaban! Mis piernas flaqueaban; todo daba vueltas alrededor de mí; no veía; mi cabeza era un volcán y un temblor nervioso recorría todo mi cuerpo...

¡Corté otra más! Recuerdo que era una morena encantadora que me veía y me sonreía de una manera coquetona y maliciosa. Aquella sonrisa acabó de trastornarme; me volví loco; me olvidé de dónde estaba y me incliné violentamente a darle un beso... La escalera falseó y caí rodando al suelo.

El dolor de la caída y una risotada que oí, me hicieron despertar de mi sueño.

¡Horrible realidad! Mi esposa se reía a carcajadas, y yo estaba caído al pie de la cama, teniendo entre mis manos uno de mis zapatos, besándolo apasionadamente. ¡Horror!...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

